

La Fiesta Escolar del 15 de setiembre en Costa Rica, 1899-1921*

David Díaz Arias
Escuela de Historia
Universidad de Costa Rica

Al escribir su autobiografía para un concurso organizado en 1982 por la Escuela de Planificación y Promoción Social de la Universidad Nacional, Juan Rafael Morales Alfaro no pudo dejar de evocar con cierta melancolía cargada de alegría, aquel día de 1925, cuando siendo un escolar “con algunas inquietudes”, participó en una celebración del día de la independencia en su escuela de Palmares. Morales con agudeza recordó que:

“El maestro preparó para celebrar el 15 de setiembre de ese año un acto público en el mercado de Palmares. Era domingo, estaba lleno de gente del pueblo y campesinos; banderillas tricolores, guirnaldas, farolitos y pastoras adornaban el lugar y el pueblo. Mi padre obsequió los refrescos para los niños en esta fiesta. El papel que me tocó desempeñar en ese acto fue el de veterinario; a mi consultorio se presentaba una compañerita del grado, representando el papel de hija de un campesino muy pobre que se encontraba muy enfermo y ella desesperada buscaba quien aliviara a su querido padre. Entró al consultorio del veterinario a plantear su problema. Me tocaba poner mi brazo sobre los hombros de esta niña para explicarle mi profesión e indicarle quién aliviaría a su padre. Pero esta compañerita era ya una de mis amigas preferidas, con ella compartía ratos de estudio y alegría. El acto terminó siendo aplaudido, luego pasamos a la escuela a tomar refrescos y galletitas”.

Las imágenes con las que Juan Rafael reconstruía su vida dejaron evidencia del impacto que en su paso por la escuela tuvo la fiesta de celebración de la libertad política, de tal forma que, 57 años después recordaba con lujo de detalles las incidencias de aquel acto. Para Morales, el 15 de setiembre era un día especial; un día de fiesta escolar. Justamente, él participaba de uno de los más importantes ritos de la celebración, creado por los políticos liberales de principios del siglo XX con el fin de extender el significado del día de la independencia por toda la geografía del país y en todos los estratos sociales. El éxito alcanzado en este proyecto se hace evidente en la remembranza de Juan Rafael Morales.

¿Por qué una fiesta escolar para el día de la independencia?

Las estrategias por medio de las cuales los grupos políticos del país intentaron construir una celebración civil que memorara el día en que –a su consideración- Costa Rica había obtenido su independencia del imperio español, habían transitado por múltiples veredas desde 1823. A partir de esa fecha fueron recurrentes en las fiestas de la emancipación los ritos eclesiásticos (misa y Te Deum). Sin embargo también se implementaron actividades populares al aire libre. Las peleas de gallos, las corridas de toros y la convocatoria a los parques para tomar licor fueron algunas ellas. A éstas se le adjuntaron las exposiciones de productos elaborados en el país y las obras de teatro. Hacia el primer lustro de la década de 1890, el 15 de setiembre fue escogido para el rescate de la Campaña Nacional y la develización de obras escultóricas referentes a ella (la estatua a Juan Santamaría en 1891 y el Monumento Nacional en 1895). También se realizaron desfiles de bandas militares que recorrían las calles de las principales ciudades del Valle Central, con una diana en el aire y no más tarde que a las cinco de la mañana y otras muchas actividades más como los bailes populares en el Mercado Central. No obstante, hacia el final del siglo XIX estos actos de recuerdo dependían fuertemente del interés que en ellos expusiera el Poder Ejecutivo y las municipalidades. En buena medida el costo que representaban era siempre un problema para su realización y lo que era claro en 1899, era que aún no se lograba involucrar por sus propias fuerzas e iniciativas, a la mayoría de los sectores sociales.

El ejemplo que vislumbraban los liberales en otros países, como Francia o Argentina, consistía en el uso de la escuela para la organización de fiestas cívicas que permitieran afianzar la identidad nacional en la población. En efecto, el interés principal de los políticos costarricenses radicó entonces en la utilización de la escuela para formar patriotas. El día escogido para exponer a los niños con mucha mayor fuerza los símbolos de esa patria de la que les hablaban las maestras y maestros en clase y hacerlos sentirse parte de ella, fue el 15 de setiembre, fecha en que, como se les enseñaba, la Patria había alcanzado su emancipación. Como lo indicaba un corresponsal del diario *El Día*, el 19 de setiembre de 1903 después de reseñar la fiesta escolar en Barva de Heredia: “Los ciudadanos de mañana ya llevan un recuerdo imperecedero, ya van acostumbrados, desde ahora, á festejar con entusiasmo los días de la patria, para la cual sentirán seguramente, más amor y respeto”.

¿Qué era la fiesta escolar?

En su lucha por irradiar el significado del día de la independencia entre la población, los políticos liberales escogieron la escuela como espacio para la exposición de símbolos y a los niños y niñas escolares como los principales actores. Así, aquellos considerados como el “futuro de la patria” eran llamados a departir diálogos, dar discursos, recitar poesías, o bien, cantar los himnos patrióticos que habían aprendido en la escuela gracias a la materia “canto”. Al mismo tiempo, los educadores aprovechaban la ocasión para mostrar los símbolos de la nación a los párvulos y explicarles su significado. *La Prensa Libre* del 16 de setiembre de 1911 nos muestra uno de estos casos. Ante la presencia del Secretario de Instrucción Pública (Nicolás Oreamuno), las alumnas del Colegio Superior de Señoritas recibieron una charla del Director del colegio, J. Fidel Tristán, en la que,

"explicó á las niñas el símbolo de la bandera tricolor, que estaba colocada en parte culminante artísticamente adornada con flores y palmas, finalizando su alocución con las frasee [sic] de la jura de la bandera, juramento que hicieron con entusiasmo las alumnas".

Los actos conmemorativos del día de la independencia, revestían una importancia fundamental para la formación de la nación costarricense. El momento que brindaba la fiesta de la independencia era perfecto para la irradiación del discurso oficial que exponía los rasgos de la nación. Con ello, el Estado se percató del poder de socialización que la maquinaria escolar representaba. Con respecto a esto, es importante acotar que en 1903 el 15 de setiembre fue utilizado para el estreno de la nueva letra del Himno Nacional escrita por José María Zeledón y ejecutada por las voces de los niños y niñas de las escuelas en la capital y fuera de ella. Acorde con esto y demostrando el deseo oficial por extender entre los escolares la identificación con los símbolos que etiquetaban a Costa Rica en el exterior, en 1907 la Secretaría de Instrucción Pública encargó a los talleres nacionales la realización de 5.000 banderas para que fuesen cargadas por los alumnos de las escuelas en la fiesta del 15 de setiembre.

En efecto, la conmemoración de la independencia se había convertido en una lección cívica para los educandos. Incluso, no sólo en ellos. Sus padres, madres y familiares, así como toda la comunidad, eran involucrados en el proceso de aprendizaje a través de varios medios. El desfile de los niños por las calles era uno de ellos. En marcha, con resonante paso militar, los párvulos tomaban las calles de las villas con inusitado frenesí y dispuestos a hacer evidente la alegría del día a la población. Quizás muchos padres además, acudían a la reunión en el

plantel educativo para observar la participación de sus hijos, hijas o familiares en los actos festivos, o para ayudar al educador (como en el caso del papá de Juan Rafael Morales) a realizar con provecho y sin contratiempos la celebración. Comentarios sobre el público presente en la fiesta escolar, se hicieron frecuentes en este estilo que muestra *La Prensa Libre* del 16 de setiembre de 1907 para el caso de la capital del país: “La asistencia del público fué numerosísima, ocupando todo el espacio libre de la plazoleta y las calles y avenidas, y hubo gran entusiasmo y vivas á la Patria”.

Como hemos visto y es importante de recalcarlo ahora, no sólo en las escuelas se desarrollaba la fiesta. Generalmente en la capital los niños y niñas se apoderan de las calles y avenidas para realizar desfiles que casi siempre terminan en el parque Morazán con una ceremonia en la que participan la municipalidad josefina y el Poder Ejecutivo. Precisamente, la marcha de los escolares por la capital, hizo que pronto los asociaran con una imagen que tendría resonancia por varias décadas: el ejército escolar del país. La magnitud de ese “ejército” no nos deja duda del impacto que podía provocar en la población capitalina. En 1907 por ejemplo, marcharon en este orden: escuelas de párvulos números 1, 2 y 3, Escuela Mixta de la Sabana, Hospicio de Huérfanas y Huérfanos, Escuela Superior de Niñas, Escuela Anexa a la Normal de Señoritas, Seminario, Escuelas Superiores de Varones números 1 y 2, Escuela Anexa a la Normal de Varones y Liceo de Costa Rica. Anteriormente, para que el Estado pudiese concebir una manifestación multitudinaria de este tipo, debía dedicar buena parte de los fondos públicos en actividades populares. Ahora, con la incorporación de la escuela en la celebración, era una realidad más o menos barata, año con año. Generalmente los desfiles capitalinos terminaban en el Parque Morazán, en donde un político o un intelectual pronunciaba un discurso a la concurrencia. En otros pueblos el lugar de llegada podía ser la iglesia.

Entre 1900 y 1921 la fiesta escolar se afirmó como la “nota más conmovedora” de las celebraciones de la independencia. Por este poder atrayente y gracias a la centralidad que le otorgaron los políticos liberales a la educación, la fiesta escolar se extendió por todo el país, desarrollándose incluso en comunidades perdidas en la montañas del Valle Central. La imagen que nos da Alfredo Volio en la *Memoria de Instrucción Pública* de 1909 precisaba el impacto de la fiesta en la celebración del 15 de setiembre:

“Durante mucho tiempo en Costa Rica se había dejado en olvido la celebración de la fiesta del 15 de Setiembre. Alguna que otra vez se organizaba una festividad, que representaba fuertes gastos. Era preciso crear una costumbre, mas como para eso debía el acto asumir carácter de sencillez á fin de que pudiera celebrarse en los pueblos de la República, y

llevar una significación... [se ordenaron las disposiciones] conducentes á ese fin: una alocución del maestro encaminada á poner de realce el valor de la fiesta, con el propósito de despertar el sentimiento patriótico, en el sentido más humano de la palabra; una recitación destinada al mismo objeto, el canto del Himno Nacional y el desfile ante la bandera para saludarla, como un símbolo de la patria, descubriendo su cabeza los niños y las niñas derramando flores al pie. Procurando que estas fiestas resulten amenas y gratas para los escolares dejarán un recuerdo duradero en su vida y con ello habremos contribuido a fortificar el amor á la patria”.

Como hemos apuntado más atrás y se reafirma en todos los actos conmemorativos que involucran a los párvulos, el interés primordial que en ellos se expresa, remite al deseo de la cultura oficial por extender el amor a la patria entre los educandos. Por tanto, la simbología que representa al país ante la comunidad internacional, es la elegida para promover los lazos de identidad entre la nación y la niñez en formación. Entre estas representaciones, la bandera será la más beneficiada. Su uso, que anteriormente la municipalidad josefina intentó expandir a través de la obligatoriedad del adorno capitalino por parte de los vecinos, ahora era corriente en los desfiles escolares, en la decoración de los centros educativos, en los temas de los himnos que cantaban (como en el nacional) y en los discursos explicativos de los educadores. Incluso, como indicaba Volio en 1909, una de las primeras prácticas que deben atenderse en los actos cívicos será la jura a la bandera, rito en el que los niños se comprometen a rendirle cuentas como expresión simbólica de su fidelidad a la nación y su patriotismo, acto después del cual debían saludarla.

Es más que probable que la representación del pabellón como la nacionalidad costarricense fuese ya un hecho al finalizar la primera década del siglo XX, entre los distintos grupos sociales, en el área urbana y rural de Valle Central y se encuentra en proceso de afianzamiento en Guanacaste, Puntarenas y Limón. Ya para setiembre de 1920, en ocasión de una fiesta agrícola-ganadera en Atenas que celebró la emancipación y que desde luego se valió de la ayuda de los escolares, Anastasio Alfaro como Delegado de la Cámara de Agricultura, en un discurso que publicó el *Diario de Costa Rica* el 19 de setiembre de ese año, dejó abiertamente expresada la maduración de la visión de la bandera como una imagen simbólica de la nación:

“Vamos a izar la bandera nacional por primera vez en una escuela de varones para enseñarlos a que la respeten y amen como símbolo de nuestra Patria. Esa bandera lleva en sus colores los emblemas de unión,

paz y libertad. Ella presenta el azul de nuestros mares que se abrazan estrechamente en los confines helados del Norte y al extremo terminal de América del Sur. El azul representa la inmensidad de nuestro hermoso cielo, donde los astros giran en armonía perfecta, unidos por la ley divina de la convivencia universal. El azul representa el tinte de nuestras cordilleras, estrechamente unidas como deben vivir todos los pueblos de la tierra, especialmente cuando están ligados por lazos de origen, de lengua y de costumbres. El blanco representa los instantes de la vida, que facilita las funciones del cuerpo y del espíritu, dejando que ambas entidades empujen sin cesar el carro del progreso.

El rojo nos recuerda el gorro frigio, que consagró las libertades humanas, la libertad del trabajo, la libertad del pensamiento, la libertad que nos legaron los patriarcas de 1821 y consagraron con su sangre los héroes del 56, ante cuya grandiosa majestad las conmociones internas son pasajeros disgustos de familia, nubes que se forman y se deshacen para mostrarnos las hermosas puestas de sol, incomparables en esta garganta del istmo americano.

Jóvenes escolares: vais a izar altivos el pabellón de la Patria y no olvideis jamás que él representa el juramento hecho por nuestros mayores de mantener en Costa Rica la unión, la paz y libertad de la República”.

Aunque algunas de las imágenes que maneja Alfaro a inicios de la década de 1920 exponen una cierta añoranza por la conjunción latinoamericana e ístmica, prefiere dejar en claro que el Pabellón Nacional es una imagen de la historia legada por los costarricenses pasados y símbolo de la Costa Rica que formaron. Al mismo tiempo, la bandera era una demostración simbólica de las características con que, oficialmente, se identificaba a los costarricenses. Algo parecido ocurre con el Himno Nacional, también a raíz de la fiesta escolar. En 1920 en forma paralela a las declaraciones de Alfaro en Atenas sobre el simbolismo de la bandera nacional, en Heredia, en un discurso dado por el presidente municipal Tranquilino Sáenz frente a las autoridades locales, profesores, maestros y alumnos de la Escuela Normal, reunidos para señalar el lugar en donde se inauguraría el 15 de setiembre de 1921 –según su ideal conmemorativo del centenario- una estatua a Manuel María Gutiérrez, autor de la música del Himno Nacional, Sáenz explicó que:

“Este himno que se canta en las grandes festividades nacionales, es un himno de paz que responde perfectamente a la manera de ser de un pueblo que cifra todo su orgullo en la conquista del trabajo... [El himno se compuso

unos años antes de la Campaña Nacional contra el filibusterismo que] audaz holló con su planta el suelo de nuestros mayores y trató de apropiárselo; pero Costa Rica, la pacífica, la devota del trabajo, se irguió indignada y con patriótica energía redimió los derechos conculcados y probó al mundo que era digna de conservar por la fuerza la libertad que España le otorgara de gracia. Si este himno se hubiese escrito cinco años más tarde, nacido al calor de nuestras glorias patrias, habría sido la traducción de un espíritu guerrero, la nota heroica hubiera sido la dominante patria despertando el afán de conquistas; pero no hubiera sido la expresión de lo que es el carácter de nuestro pueblo”.

Gracias a la escuela, las representaciones del país habían pasado a formar parte del bagaje simbólico y así hacían evidente la existencia de la nación costarricense. Los valores transmitidos a los alumnos a través de los actos cívicos acentuarán el ideal de esa comunidad política nacional.

La administración de Alfredo González Flores se encargó de consagrar la fiesta escolar al afirmarla como otro de los símbolos de la nación costarricense. Su estrategia: sacar de una vez por todas a la milicia de la conmemoración y suplantarla por los párvulos. Comenzaría a partir de 1915 una suplantación sistemática de los militares por escolares en todas las actividades del 15 de setiembre. La fiesta escolar pasaba ahora a formar parte de una nueva imagen de la nación costarricense que fortalecía la etiqueta pacifista: un país con más maestros que soldados. Hacia 1920, se bautizará a los seis días anteriores a la fecha de la emancipación como “*la semana cívica*”. Esta actividad principiaba y terminaba con el canto del Himno Nacional y congregaba a los escolares cada día a una “lección cívica” en la que una maestra se encargaba de disertar sobre “algún hecho histórico y sobre nuestros viejos patricios, al mismo tiempo en que los niños han efectuado diversas discusiones sobre temas nacionales”. A través de esta actividad se pretendía aumentar el conocimiento estudiantil sobre los hombres políticos que el gobierno consideraba como los más importantes en el pasado histórico. Con ello, se buscaba acentuar en la conciencia infantil la creencia en los héroes de la patria desde 1821.

¿Cómo vivían los niños la fiesta escolar?

Entre la apatía y la participación alegre, sin duda se desarrollaba toda una constelación de actitudes hacia la festividad, pero es muy probable que las prácticas conmemorativas despertasen más la adherencia voluntaria y animada de los educandos, que su negligencia y hastío. No sólo porque su actuación era bien

recompensada con aplausos, sino también porque les privilegiaba un espacio de atención pública y explotaba mucho de su potencial gesticular y oratorio. Además, el deporte que se presentaba como otra de las facetas de la fiesta, acaba por estimular una conducta de atención y deseo hacia la celebración, sin dejar de mencionar que los niños eran generalmente congratulados no sólo con las palmas sino con almuerzos y confituras tal y como lo observamos en el recuerdo de Juan Rafael Morales al principio. Otra persona nos indica que ese premio por la labor realizada, era bien percibido por los niños. Cuando el historiador Francisco Enríquez pregunta a Fermín Murillo, un vecino de Moravia que ya era un niño hacia la década de 1920, sobre las actividades locales en el día de la libertad política, éste no duda en señalar las imágenes que lo inspiraban en la festividad: “la junta de educación compraba frescos y tosteles. No habían desfiles y después de la asamblea, que era a todo dar, uno deseaba irse al aula para comerse el tostel”. Sin duda la estrategia para entretener a los niños era muy funcional. Con tales auspiciantes, era difícil hacerse de tedio en el día de la independencia si se era niño.

Epílogo

El 26 de setiembre de 1916 en un artículo titulado “DIANA CON TARROS VIEJOS”, un periodista de *La Prensa Libre* autonombrado el “Corresponsal Viajero” criticaba ardientemente a las autoridades de Santa Bárbara de Heredia por su poco empeño en celebrar el día de la independencia, afirmando: “Parece q. Nuestro Jefe Político fuese Alemán y no costarricense y que la Municipalidad no conozca el terreno que está pisando. Para estas gentes ‘patria’ es un nombre que no conocen o que hacen el papel de no conocer su significado”. En su crítica llamaba a la identidad nacional como uno de los componentes por medio de los cuales todo habitante del país se debería preocupar por la fiesta de la emancipación y que la ignorancia no podía ser motivo de disculpa para una municipalidad que debía conocer la forma en que se celebraba dicha fecha. También nos imprimía una imagen creativa:

“En la madrugada del día 15, un gran número de chiquilos [sic] recorrieron [sic] las calles de la población en gran algarabía, con tarros viejos; ya que no hubo quien se interesara por ordenarle a la filarmonía tocarse la diana de costumbre”.

El enfado del periodista se convertía en una actitud particular para mirar el recorrido de la fiesta nacional. La relación que éste hace entre el rito y el compromiso que debe existir en la población para llevarlo a cabo ocurrió en un

período no anterior a 1900 y solamente pudo ser completado una vez que las escuelas y las municipalidades se conjugaron en la conmemoración y la sometieron a una redefinición. Con anterioridad, las bandas militares y los políticos habían cobrado el principal papel en la escena festiva, mientras que la población participaba como observante. La fiesta escolar permitió la actuación de nuevos sujetos en la ejecución del rito y le obsequió una extensión geográfica hasta entonces no alcanzada por ninguna fiesta en un mismo día. Los escolares mañaneros de Santa Bárbara de Heredia, que celebraban el día con tarros viejos, solamente pudieron aparecer con la propagación de la fiesta escolar y con la extensión de una idea de nación entre la población juvenil, aun a pesar de que quizás algunos mayores no la tuvieran tan definida, sobre todo en la población rural.

La fiesta escolar era el triunfo de la fiesta de la emancipación. Gracias a la participación de niños y niñas de todos los estratos sociales, los políticos liberales lograron hacer concurrir a una gran población a la celebración de lo que ellos querían anotar como el nacimiento de la Patria. Esto supuso a su vez la irradiación de los símbolos nacionales –particularmente la bandera y el himno- y la concretización de su significado. Los párvulos cantores, recitadores, actores de pequeñas dramatizaciones y marchantes por las calles, hicieron realidad la imagen de una comunidad nacional costarricense en fiesta cívica. Probablemente muchos de esos niños y niñas quedaron a tal punto tan impregnados por su participación en la celebración, que varias décadas después recordaban –como Juan Rafael Morales- con gran agudeza, melancolía y simpatía, el día en que fueron parte activa de la alegría nacional.

* Este trabajo fue elaborado gracias a la contribución del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), en el marco del Programa de Becas CLACSO-Asdi para investigadores jóvenes de América Latina y el Caribe 2000. El trabajo forma parte de los resultados del Proyecto “Comunidad política, identidades, ritos y rituales en la celebración del día de la independencia en Costa Rica, 1821-1921”, que fue premiado con una beca de investigación en el Concurso para jóvenes investigadores “Culturas e Identidades en América Latina y el Caribe”.